

impresiones, cierro la presente con el propósito de hablar de otras cosas curiosas en la siguiente carta, por lo que me despido de tí, amiga mía, hasta otro correo.

Santiago de Chile, Mayo 3 de 1879.

QUERIDA Y NO OLVIDADA MARIA:

En mi anterior te hablé del teatro y de algunos edificios públicos; ahora deseo hacerte una pequeña descripción de algunos otros y del notable cerro de Santa Lucía.

El colegio del Estado, está situado frente del paseo; es un edificio monumental con una fachada magnífica, dotado de grandes salones, dormitorios, cátedras y todas las oficinas correspondientes, así como grandes patios y un jardín.

Adyacente á este establecimiento, se mira el museo de antigüedades, que no deja de estar surtido de todos los objetos que caracterizan estos locales, y además hay una colección de aves disecadas de extrañas formas.

Después de haber visitado el colegio y el museo, tomamos un coche el señor Castro, otro amigo y yo, y nos dirigimos al parque, que está ubicado al extremo Nordeste de la ciudad.

Este parque es un lugar muy extenso en donde se mira un círculo ó campo de Marte de cerca de media legua de circunferencia; en él se hacen los ejercicios y paradas militares, así como igualmente sirve de hipódromo cuando se promueven carreras de caballos.

Poco mas adelante de ese gran círculo, comienza una serie de jardines y bellas situaciones en donde se miran pequeños bosques, arroyos, lagos artificiales, cenadores, chinos y moriscos; elevaciones y un edificio ó rotonda circular gótica con escalinatas á los lados

y puertas y ventanas adornadas de arabescos. Hay en este parque tres ó cuatro cafés y restaurants en donde los paseantes van á tomar café ó refrescos.

Este hermoso paseo revela toda la cultura de los habitantes de Santiago de Chile, que no cede en belleza á los mejores de Europa y aún al de Central Park en Nueva York, y acaso es mas extenso y variado que el de la Exposición de Lima, porque á su espalda y no muy distante, se eleva majestuosa la gigantesca cordillera oriental de los Andes, cuyos extremos Sur y Norte, se pierden entre las brumas de la atmósfera.

La ciudad de Santiago es por todos títulos preciosa, tanto por su alegre posición á la falda occidental de los Andes, como por sus aseados edificios, calles tiradas á cordel, bien adoquinadas y embanquetadas, su bello paseo central, cuajado de hermosas fuentes y estatuas de bronce, el magnífico parque que acabo de describir imperfectamen-

te, el cerro de Santa Lucía, que es otro lugar encantador; y otros alrededores pintorescos en donde se pueden hacer alegres días de campo ó ir por las tardes á recrearse y admirar allí la naturaleza; su panteon, que es igualmente de los mas extensos y suntuosos que he visto y, por último, su bello teatro, el mas bonito de la América.

Por todo este conjunto risueño y henchido de bellos lugares de recreacion, policia, buen orden civil y cultura de la sociedad chilena, ¿no podrémos decir que la ciudad de Santiago es una ciudad europea, porque se encuentran en ella todos los goces que ha inventado la civilizacion mas refinada y el gusto mas exigente?

A la verdad, que tanto Valparaiso como la capital de Chile, son de todo mi gusto, y de buena gana viviria en ellas toda la vida. La primera tiene un carácter comercial mas pronunciado porque es el primer puerto de la República, y la segunda es mas bien la residencia del placer, el lugar donde los

millonarios y todos los que han traficado en el comercio y la industria, formando grandes capitales, van á buscar el solaz y el descanso; por eso en Santiago se nota ménos movimiento febril que en Valparaiso.

El cerro de Santa Lucía tiene una forma cónica un poco irregular, que esto lo hace mas pintoresco; está situado á la parte oriental de la ciudad, habiendo todavía algunas manzanas á su espalda, de modo que se puede considerar dentro de la poblacion y no fuera.

La entrada á este paseo está practicada á la parte oriental de la ciudad, por grandes puertas de hierro que conducen á una extensa explanada, y en seguida abre una calle que va formando una espiral hasta cerca de la cúspide del cerro: esta vía, ornada de árboles y flores, sirve para los carruajes, y desde su plano se gozan puntos de vista hermosísimos por toda la circunferencia.

Los paseantes pedestres, en lugar de emprender la subida por dicha vía, la verifican por una infinidad de laberintos

y pequeñas escaliratas practicadas en la roca, con pasamanos de cantera ó hierro, rodeadas de arbustos, flores y parásitas que salen de las abras de las peñas; en los planos que resultan de cada descanso, asientos de cantera ó hierro en donde se reposa de la fatiga que pueda tener el paseante, y de ahí viendo la vista y disfruta del brillante panorama de la ciudad, las serranías que tiene á su alrededor ó de los ponderosos Andes que están al Oriente; ó se recrea en pequeñas construcciones, adornos arquitectónicos, ó pequeñas estatuas que juegan caprichosamente y contrastan con la parte rústica y bravía de las rocas y la vegetación.

Cuando se ha llegado á la tercera parte de la altura por el lado Norte, se eleva una preciosa capilla gótica recién construida, y á un lado se ve la estatua marmórea de un santo obispo, cuyo nombre no recuerdo en este momento, y mas adelante, la de Valdivia, conquistador de Chile.

Un poco mas arriba, hácia el Orien

te, hay un tanque para bañarse, y hácia el Sur, sobre el mismo plano, una cantina, café y restaurant.

Si se dan algunos pasos mas, subiendo, se llega por la parte oriental del cerro, al museo de pinturas, que corre en un edificio como de cincuenta varas de frente.

Finalmente, despues de vencer toda la altura y deleitar la vista en tanta variedad de objetos que la fantasía del artista distribuyó con arte, mezclados hábilmente en la rusticidad del lugar, se halla el paseante en un kiosko que corona la cúspide del cerro, rodeado de asientos, desde los que se disfrutan espléndidas perspectivas, serranías lejanas, la majestad de los Andes y el magnífico panorama de la ciudad, con su paseo central que corre de Sur á Norte, rematando en la estacion del ferrocarril hácia el mediodía.

Solamente el deseo que me anima, María, de que conozcas los objetos que vengo mirando, aunque sea en bosquejo, me alientan á describirte algunos

que son verdaderamente indescriptibles y su poderoso aspecto y magnificencia agobian mi pobre capacidad, que no me suministra frases para poder pintar su importancia, todo su interés. Pero conformate, amiga mía, con los humildes detalles que te doy y sigamos adelante.

Dos veces subí á este cerro de Santa Lucía y en ambas he quedado encantado, y como las dos fué por la tarde; el museo de pinturas estaba cerrado y no tuve ocasion de admirar las obras de arte que encierra.

Ayer de mañana me acompañó mi galante amigo el señor Castro, al panteon de esta ciudad, y es éste, como todos los monumentos y magníficas construcciones de Chile, hermoso.

Su entrada principal es suntuosa que mira frente á una plaza extensa, en la que se miran algunos carruajes de los visitantes ó de las familias que van á llorar frente á los restos queridos de sus deudos.

Se da el primer paso al panteon y desde luego se admira la simetría y el

buen orden en la distribución de las calles y jardín, sembrado aquí y ahí de sarcófagos y costosos monumentos de mármol, pórfido y otras piedras y también de bronce. La parte arquitectónica de aquellos, juega perfectamente con la escultórica en las estatuas de que estan coronados, simbolizando alguna idea religiosa ó interpretando el dolor de los que perdieron un padre, una madre, una esposa ó un hijo.

Las flores por una parte, forman corona á estos monumentos ó á su lado asoman aquí ó ahí su corola ó sus vestidos verde esmeralda, como para templar con su belleza la amargura del esposo ó el hijo que van á depositar una corona ó á regar con sus lágrimas el sepulcro de esos seres queridos.

Por todas partes hay que admirar el talento artístico empleado en la ejecución de los sepulcros, la fantasía en interpretar una idea alegórica, la pureza de las líneas de un orden de arquitectura griega, romana ó gótica, el buen gusto en mezclar el arte con la naturaleza e

las flores, los arbustos y las enredaderas que trepan graciosamente como abrazando cariñosamente los monumentos ó las urnas que guardan las cenizas de los que allí reposan.

Todas las callecitas del panteon son rectas y corren de Sur á Norte y de Oriente á Occidente, teniendo al fin de cada una de ellas, una capillita que cerrando la óptica produce una vista encantadora que penetra á través de una bóveda de verdura, de enredaderas y de flores.

Este bello lugar, no inspira ese respeto imponente y aterrador que los demás de su género; éste es mas bien un ameno jardin que debe mitigar en gran parte el dolor de los que allí vayan á depositar su cariño y sus lágrimas y hasta me parece que todo el que allí ponga la planta, no le tendrá horror á la muerte cuando su mansion está embellecida por las maravillas del arte y de la poesía.

Ya te dije al principio de mi anterior carta, que los chilenos visten en gene-

ral el traje europeo; pero siempre se debe establecer una pequeña diferencia en el traje que usan las señoras para ir al templo, que se puede llamar nacional porque tiene un tipo exclusivo.

El vestido ó túnico es el de la forma usada en todas partes; pero el tapado es el diferente: éste consiste, como en Colombia, de una mantilla lisa de merino ó paño con encaje en el borde; pero la de Chile es mas grande que la colombiana y por consiguiente, las señoras, embozadas con esta mantilla de la cabeza á los piés, toman un carácter escultórico que les da apariencia de vestales, revelando, á pesar de los pliegues del género, el desnudo de las formas de la figura.

Encantador es ver á una jóven hermosa, bien peinada, en la calle, luciendo su magnífica estatura con esa mantilla negra que remata en el peinado con una vuelta que forma un pequeño cono; me parecía estar en Grecia y penetrar á los templos en donde las vestales conservaban el fuego sagrado.

Mas curioso es ver á dos ó mas señoras por la mañana, encaminarse á los templos para ir á la misa, acompañadas de una criada que lleva sobre el brazo izquierdo un tapete para arrodillarse sus amas; cuando no son acompañadas por aquella, ellas mismas llevan el tapete que lo lucen en la calle como un mueble indispensable, haciendo alarde tal vez de que van á asistir al Santo Sacrificio.

Y no se diga que las señoras en Santiago son tan religiosas como las de Colombia, porque en la tarde en el paseo, en visita, en el teatro ó en cualquier otra parte, desaparece la vestal, y es sustituida por la jóven parisiense que se ajusta á los arreos más caprichosos de la moda dominante.

La primera mañana que ví en las calles á las señoras ir á misa, acompañadas de sus sirvientas, que algunas son negras, y conduciendo el tapete, no dejó de causarme extrañeza esta costumbre, que la juzgué resto de las del tiempo de la colonia, y me pregunté: ¿habrá aquí servidumbre todavía?

Como creo haber hablado de lo mas remarcable de la ciudad de Santiago de Chile, así como del magnífico puerto de Valparaiso y del camino que hice entre una y otra ciudad, termino mi carta anunciándote que mañana regreso á Valparaiso, y despues de dos dias empleados en el arreglo de mi viaje, saldré para Buenos Aires, que es la república mas inmediata á ésta y que deseo visitar, tanto por las buenas noticias que tengo de su importancia, como por ver si la exploto con mi profesion.

Antes de salir de Valparaiso á esta ciudad, pensaba hacer el viaje á la República Argentina, atravesando las cordilleras de los Andes, pues el trayecto es corto, mas pintoresco y económico, que por el Estrecho de Magallanes; pero algunas personas llegadas al hotel que yo ocupaba, me hicieron desistir de mi intento, manifestándome: "que habiendo comenzado ya el invierno, era peligroso pasar la cordillera de los Andes, porque en ella caian frecuentes nevadas que solian sepultar á los via-

jeros y que sabian que habian caido ya ya dos, y no era prudente que yo me fuera por allí. Al escuchar semejante parecer, me decidí desde luego á emprender el viaje por el Estrecho, aunque me cuesta el pasaje en el vapor inglés la friolera de trescientos pesos, mas del doble de lo que cuesta ir á Europa de Buenos Aires ó de Rio Janeiro; pues yendo de alguno de estos puertos al Havre ó á San Nazario, cuesta el pasaje en primera cámara ciento veinte pesos, y si es á Marsella ó á Génova, ciento cuarenta; siendo la distancia de América á Europa de veinticuatro ó veintiseis dias; miéntras que de Valparaiso á Buenos Aires, apénas hay diez. Pero, ¿sabes por qué vale tanto este pasaje? porque solamente hay una línea y los capitanes de estos vapores abusan pidiendo un exceso á los viajeros.

En fin, amiga querida, á poco de que llegue á Buenos Aires te escribiré, contándote todo lo que vea en el camino que voy á emprender. Adios.

Buenos Aires, Mayo 25 de 1879.

MARIA:

El dia 7 del presente salí de Valparaiso á las doce del dia, no sin dejar con tristeza este hermoso puerto, el primero sin duda de todos los del Pacifico.

En los primeros dias de navegacion, aunque el mar no estuvo muy bonancible, se disfrutaba de tranquilidad y se hacia soportable el viaje; pero al ir terminando las costas de Chile, y como tres dias ántes de entrar al Estrecho, la cosa fué de otro modo, y ya el as-